

Universidades, bibliotecas, imprentas y cárceles: espacios de educación, lectura y obra teórica del intelectual revolucionario del proletariado, por: Felipe Meneses Tello ¹ (MÉXICO).

Resumen

El autor analiza los principales recursos institucionales (universidades, bibliotecas, imprentas y cárceles) que los intelectuales revolucionarios del proletariado han usado a lo largo de sus vidas para estudiar, investigar y producir una gran cantidad de instrumentos bibliográficos. Así, se reflexiona sobre la instrucción y la posesión teórica de la *intelligentsia* del proletariado desde un contexto documental, caracterizado por determinadas situaciones de excepción: la clandestinidad, la persecución, el encarcelamiento y el exilio, entre otras contingencias.

Palabras clave

Intelectuales revolucionarios, Proletariado, Universidades, Bibliotecas, Imprentas, Cárceles.

Abstract

The author analyzes in this article (“Universities, libraries, presses, and jails: spaces of education, reading, and theoretical work of the revolutionary proletarian intellectual”) the main institutional (universities, libraries, presses, and jail) resources that revolutionary proletarian intellectuals have used throughout their lives to study, research, and produce a large number of bibliographic tools. In this way, instruction and theoretical possession by the proletarian *intelligentsia* can be thought about from a documentary context, characterized by specific situations: secrecy, persecution, imprisonment, and exile, among other possibilities.

Key Words

Intellectual revolutionaries, Proletariat, Universities, Libraries, Presses, Jails.

Introducción

No cabe duda que el instrumental de más importancia de toda clase de intelectuales, desde tiempos antiguos hasta hoy en día, es la gran variedad de fuentes bibliográficas, tanto de contenido (diversidad de ideas) como de forma (libro, periódico, etc.). Por lo que, como se afirma refiriéndose a la intelectualidad medieval, sus principales instrumentos son "su espíritu y los libros". (Le Goof, 1987. p. 69). En este sentido, el pensamiento escrito ha desempeñado un papel de suma importancia para el desarrollo de las actividades de esa categoría de individuos. Este fenómeno se constata a través del estudio y análisis de diferentes pasajes de la historia.

Se estima que uno de los elementos principales de una revolución es el sistema de ideas; o sea, la ideología radical o revolucionaria estructurada como un sistema intelectual coherente. Pero para que ésta cumpla su misión de orientación teórico-política, es

¹ Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, Ciudad de México, 04510, MÉXICO, contacto: fmeneses[nospam]correo.unam.mx. Para conocer más sobre el autor véase al final del artículo su semblanza biográfica.

indispensable que se plasme en un soporte de información (el papel); se prepare en un formato concreto (libro, revista, periódico, folleto, etc.); se le reproduzca cuantitativamente en sitios adecuados (imprentas) a las exigencias de la crisis social; se le aseguren los canales necesarios de distribución entre los diversos grupos de lectores (librerías); se le proteja, particularmente en periodos de represión extrema, de los obstáculos de la censura gubernamental; se le procuren espacios idóneos para su conservación, difusión y estudio (bibliotecas y archivos); y se le explique a las masas en lugares relativamente seguros (partidos políticos, sindicatos, círculos de obreros, sociedades secretas, etc.). A este respecto se señala que "en nuestras sociedades revolucionarias los diversos descontentos, las dificultades específicas motivadas por las condiciones económicas, sociales y políticas [...] van invariablemente acompañadas por una abundancia de escritos y discursos acerca de ideales de un mundo mejor [...]. Descubrimos que las ideas constituyen siempre una parte de la situación (pues) sin ideas no hay revolución". (Brinton, 1985, p. 59).

No se trata únicamente de reafirmar que los instrumentos de instrucción y formación teórica entre el tipo de intelectuales que nos ocupa han sido también los libros y otros materiales impresos, pues sería reducir este discurso a un marco baladí. Por lo que se intenta además hacer algunas reflexiones sobre la instrucción y la posesión teórica de la *intelligentsia* del proletariado desde un ambiente documental, caracterizado por determinadas situaciones de excepción: la clandestinidad, la persecución, el encarcelamiento, el destierro o exilio, entre otras contingencias. Modos de vida, o de supervivencia en ocasiones, en los que comúnmente trabajan esas personas a lo largo de prolongados periodos y extenuantes jornadas de autodidactismo para lograr asimilar un cuerpo de conocimientos que les permita crear una doctrina capaz de originar profundos cambios en la sociedad.

Los intelectuales revolucionarios de la clase obrera, a pesar de su existencia azarosa y dada la tenacidad que han mostrado para el estudio, los objetos bibliográficos han influido de manera constante en su mundo de ideas científicas y filosóficas; han sido en parte su apoyo fundamental en cuanto a productores y consumidores de información impresa. A menudo los biógrafos y analistas que se han interesado en seguir su rastro, se han asombrado por la cantidad y la calidad de la obra leída y escrita por aquellos, y más aún por las condiciones difíciles en que realizaron ese trabajo.

Althusser expresa que "los grandes dirigentes del movimiento obrero" realizaron "gigantescas investigaciones empíricas" en relación con los hechos, pero también desarrollaron "investigaciones y búsquedas concretas" bajo una óptica de "análisis concreto de una situación concreta".(Althusser, 1994, p.78), cuyo propósito era concebir una doctrina filosófica y científica del socialismo. Para tal efecto, los intelectuales de vanguardia emprendieron una magna obra de educación y formación teórica, sostenida esencialmente en el estudio y en la producción de una gama importante de instrumentos y en la fundación o uso de recintos (recursos) que configurarían una cultura bibliográfica sin precedentes para crear una atmósfera de instrucción política e

ideológica. Así que analicemos los principales recursos de los que se han valido los intelectuales revolucionarios del proletariado para el estudio, la investigación y la creación de una gran variedad y cantidad de instrumentos bibliográficos.

1. Las universidades

Las universidades, recintos tradicionales de la formación de la intelectualidad a través del tiempo, han sido también importantes reductos en la incubación de revolucionarios. La historia del contexto universitario está estrechamente vinculada con la generación de pensamientos dirigentes de múltiples movimientos políticos, sociales, ideológicos y morales. Rusia no sería la excepción. Desde esta perspectiva, la comunidad estudiantil de ese país participó activamente en la constitución de numerosos círculos clandestinos de educación política, contribuyendo así a la ola revolucionaria. Kassow señala al respecto que "los estudiantes ciertamente sobrerrepresentaron el movimiento revolucionario en comparación con el porcentaje de la población". (Kassow 1989. p. 396), aunque este fenómeno cuantitativo declinaría entre 1860 y 1914. De esta manera, las universidades rusas^[a] suministraron al movimiento obrero sus mandos iniciales; procurando éstos, como parte de sus actividades políticas, formar ricas "bibliotecas estudiantiles en las que no debía de ser difícil encontrar publicaciones prohibidas". (Venturi, 1979. p. 34).

Esos acervos bibliográficos eran un importante complemento para la formación teórica de los estudiantes disidentes, pues las bibliotecas universitarias comúnmente estaban bajo la vigilancia de los interventores pagados por el Estado para evitar que ingresaran títulos de Herzen, Bakunin, Chernyshevski, Lavrov, y otros autores precursores del socialismo. La censura en ciertos periodos no era tan severa, pero cuando crecía el movimiento revolucionario proletario se volvía sumamente estricta. Seton-Watson, citado anteriormente, narra los vaivenes de ese fenómeno reaccionario en las postrimerías de la Rusia Imperial.

Los jóvenes universitarios que se decantaban por el camino de la revolución, tarde o temprano eran expulsados. Los círculos de formación teórico-política ilegales pasaban entonces a sustituir por completo las aulas de educación superior, y en donde les esperaba una ardua tarea de estudio y discusión. Así, al igual que en otras partes del territorio ruso, la biblioteca clandestina de los grupos secretos era el recurso intelectual de capital importancia. Un ejemplo es el círculo llamado "Biblioteca de estudiantes de Kazán", formado por Yuri M. Mosolov y Nikolai Shatilov, en la que "empezaron a aparecer ediciones prohibidas, o sea las publicaciones de Herzen" y en donde

[a] Las universidades rusas en el siglo XIX eran: Moscú (fundada en 1755), Harkov (1805), Kazán (1805), San Petersburgo (1819), Kiev (1833), y Odesa (1865). Las universidades de Vilna y Dorpat eran fundaciones más antiguas de origen alemán y polaco, respectivamente. Vilna se rusificó después de la revolución de 1863 y Dorpat, hacia 1880 (véase: Seton-Watson. *Op. cit.*, pp. 36-37).

sistemáticamente "se discutían revistas y libros". (Venturi, 1979, Vol. II, p. 515). Analicemos con mayor detalle este aspecto en el siguiente rubro.

2. Las bibliotecas

En la fase inicial de preparación destacan de manera especial los recintos destinados a la lectura, actividad que llegó a ocupar un sitio particular entre sus quehaceres. Así, desde los orígenes del movimiento obrero, esta tarea se distinguió por combinar el análisis de la literatura socialista con la labor política. En los organismos obreros erigidos en la Francia decimonónica, se tiene noticia que bajo una rigurosa clandestinidad se practicaba "un intenso trabajo de educación política en las asambleas de las sociedades, mediante la lectura, el comentario y la discusión de periódicos y folletos socialistas, comunistas" (Löwy, 1970, p. 106). Este mecanismo de instrucción de las hermandades secretas, hostiles al Estado, fue una de sus principales características; lo que exigía la búsqueda y el uso intensivos de libros, revistas, periódicos y panfletos.

Las tendencias ideológicas de aquellos grupos variaban. Algunos se convirtieron en anarquistas, socialistas utópicos, populistas, comunistas marxistas, etc. (Msclosky, 1966, p. 65), llegando a entablar entre ellos enconados enfrentamientos teóricos. Pero sus líderes de una u otra forma contribuyeron al crecimiento de la literatura socialista; y al florecimiento de los escritos que se negaban a aceptar el *status quo* de la época. Unos preconizaban rehacer el orden de la sociedad a través de reformas sociopolíticas; otros predicaban la revolución para romper radicalmente con la hegemonía del poder político que predominaba.

De este modo, gradualmente las agrupaciones revolucionarias fueron proliferando en Europa, especialmente en Inglaterra, Francia, Hungría, Alemania y Rusia. Sus disputas teóricas crecían, sus pensamientos científicos y filosóficos a menudo se complementaban pero también se refutaban; por lo que sus necesidades documentales estaban en primer orden. A la par que los grandes intelectuales iban consolidando la instrucción y la formación políticas en el ámbito de los círculos clandestinos de discusión y de las sociedades secretas, iban creando a un ritmo sorprendente la literatura necesaria para atacar no sólo a sus opositores sino igual la estructura del Estado. Esto último es lo que ocasionaba la necesidad de ocultamiento, de la vida subterránea por parte de los pensadores revolucionarios.

Dado el trabajo educativo que se desarrollaba en los círculos obreros sobre economía política, aspectos proletarios, estructuras políticas de los Estados, problemas del capitalismo, etc., se sabe que la biblioteca era familiar en esos sitios. Las colecciones comprendían abundante material de carácter ilegal, destacándose los textos prohibidos por el gobierno; es decir, libros, periódicos y panfletos subversivos. En este sentido, los fondos bibliográficos fueron un apéndice fundamental en esos clubes. Lane, por

ejemplo, al referirse a esos clubes apunta que "entre sus actividades se incluían la provisión de las bibliotecas y las pláticas sobre temas políticos"(Lane, 1977. p. 103).

El populismo ruso, movimiento político que ha sido reducido a veces a la tesis del terror y de la violencia contra funcionarios públicos del imperio zarista durante la segunda mitad del XIX, es el antecedente inmediato del movimiento revolucionario obrero de Rusia. Venturi, en su obra monumental sobre ese fenómeno (Venturi, 1977-1979, 3 volúmenes), hace particular referencia en diferentes pasajes en torno a la existencia de bibliotecas en los círculos conspirativos para la asimilación del socialismo. El grupo formado por Aleksander V. Dolgushin, como "la más importante organización populista de los años sesenta", fue -apunta Venturi- "uno de los numerosos ejemplos de transformación de una comuna, de una organización de socorros mutuos, biblioteca y círculo de formación cultural, en una organización política. Entonces era un grupo de trece muchachos, ocupados inicialmente [...] en recoger libros y material para estudiar su tierra de origen"(Venturi, 1979. Vol. III, p. 43).

En el análisis que se hace acerca de la formación de bibliotecas entre la intelectualidad judía, durante las dos últimas décadas del siglo XIX en la Rusia zarista, se distinguen tres tipos de bibliotecas adheridas al movimiento revolucionario: 1) las creadas en el seno de los círculos políticos-socialistas, 2) las constituidas por diversos grupos de artesanos y 3) las anexas a los sindicatos o gremios obreros. (Shavit, 1985, p. 239). A estos tipos se puede agregar las bibliotecas personales que con los años construyeron importantes figuras intelectuales, entre los que destacarían los dirigentes marxistas.

Acerca del *kruzhok* (círculo), Shavit lo define como el mayor instrumento para el desarrollo de las actividades socialista-revolucionarias; como el grupo clandestino de la *intelligentsia* y trabajadores, destinado a la instrucción política, cuyo objetivo era crear "obreros elite", por lo que fungía esencialmente como escuela para la gestación y consolidación del socialismo. En cuanto a las bibliotecas de esa clase de organización se asevera:

Para proveer de material de lectura para sus miembros, varios círculos establecieron bibliotecas. Algunas bibliotecas fueron ilegales, pues poseían en sus colecciones libros y publicaciones periódicas prohibidas por las autoridades zaristas. Otras bibliotecas se mantuvieron en la ilegalidad porque no obtuvieron la licencia requerida para operar normalmente.

En Minsk había dos bibliotecas ilegales de círculos, una pertenecía a los populistas, y la otra los marxistas.

La biblioteca del círculo no sólo servía a sus miembros, sino también a otros lectores. Sin embargo, para proteger la biblioteca de la policía zarista, solamente los miembros del círculo podían hacer uso directo de la misma. Cada miembro guiaba a varias personas en la lectura y en el suministro de libros. (Shavit, 1985, p. 239).

La creación de bibliotecas para uso de los artesanos en Rusia, está ligada al desarrollo de los medios de producción. Es decir, al fenómeno evolutivo de la concentración de la producción: los talleres se transformaban en pequeñas fábricas y éstas o desaparecían o

se convertían en grandes complejos fabriles e industriales. Los trabajadores, apoyados por la intelectualidad radical, fueron organizándose en asociaciones que incluían, como en los círculos populistas y marxistas, sus respectivas bibliotecas. El objetivo de esa clase de recintos era desarrollar el conocimiento y la aptitud en sus miembros para entender la explotación de la que eran objeto por parte de los dueños del capital, para educarse políticamente, y así poder defender y reclamar sus derechos laborales.

En el caso de Vilna, la organización bibliotecaria de las congregaciones de artesanos judíos, para beneficio mutuo de sus afiliados, estaba perfectamente delineada para poder trabajar en el más absoluto secreto, pues la asociación de trabajadores principalmente era considerada por el gobierno zarista como un hecho delictuoso. La estructuración de los servicios bibliotecarios consistía en una Comisión de Biblioteca, la cual era la responsable de elegir a los representantes de cada una de las diferentes comisiones bibliotecarias locales. Un representante o comisionado debía tener experiencia en torno a la literatura de la época y un amplio conocimiento sobre qué libros eran los necesarios en su agrupación, además de ser una persona de honor que conociera las tácticas y las estrategias para actuar en secreto. La Comisión de Biblioteca seleccionaba a un bibliotecario, un tesorero y un contralor. El bibliotecario prestaba y recibía los libros, mantenía el acervo en orden y salvaguardaba los materiales de mayor valor. El tesorero recibía el dinero de cada comisión de biblioteca. El contralor preparaba los registros de los libros y del dinero que la comisión le entregaba, y extendía comprobantes a cada representante por los recursos que recibía.

En Duinsk, otro ejemplo de bibliotecas en la vida de los artesanos, se formó una biblioteca central. Con un bibliotecario especializado al frente, efectuaba la adquisición de los acervos y la distribución e intercambio de libros entre las diversas bibliotecas que existían en esa ciudad. Solo esa clase de centros ilegales desarrolló una organización administrativa clandestina como la descrita, la cual se puede considerar como la más formal en el sentido estricto de la palabra.

Las bibliotecas en el ambiente de los gremios obreros colaboraban en la formación del líder obrero; en la orientación para formular ideas de agitación y propaganda; y elevar la cultura de la clase trabajadora. La principal organización que se conoce también se originó en Vilna, en la postrimerías del siglo XIX. En esa ciudad se formó un Comité de Oficios para suministrar literatura entre los trabajadores judíos, estableció bibliotecas para los mismos, y publicó libros populares sobre temas científicos y literarios en lengua Yidish. Las bibliotecas también se establecieron en varias fábricas, pero cuando el movimiento obrero crecía, eran clausuradas y confiscadas por la policía.

Se tiene noticia también que en los incipientes sindicatos rusos del siglo XIX, prohibidos por leyes que imponían penas de prisión o de destierro a los responsables de su organización, se formaban en ciertas ocasiones bibliotecas para sus afiliados. Aunque la actividad sindical no se consideraba de peso para enfrentar a los patronos, resultaba útil para la controversia de situaciones que aquejaban a los obreros y para encaminar en la

senda de la dirigencia política a los miembros más destacados. La creación de "pequeñas bibliotecas" y de "salones de lectura" en esos sitios continuarían aún en los albores del siglo XX (Seton-Watson, 1955, pp. 158 y 346).

Con el tiempo, en la última década del siglo XIX y comienzos del XX, unas bibliotecas fueron obteniendo licencias para ofrecer sus servicios legalmente; así, se convirtieron en instituciones bibliográficas públicas. Otras, después de la desintegración de los círculos de educación política, continuaron existiendo, pasando de una organización a otra. Algunas más se desmembraron, formando a veces parte de nuevas colecciones personales.

A esa clase de bibliotecas hay que agregar aquéllas que comenzaron a integrar a la par los intelectuales revolucionarios en sus hogares. Los testimonios abundan en el caso de la vanguardia populista y comunista marxista rusas. Quizá el mejor hecho, para cubrir ambas corrientes revolucionarias, lo constituye la biblioteca particular de Gueorgui Valentínovich Plejánov, abanderado primero de la ortodoxia populista y, en segundo, fundador y educador del marxismo ruso, entre cuyos discípulos se distinguiría Vladímir Ilich Uliánov. En la biografía intelectual sobre Plejánov, se afirma que:

Antes de 1895, ni tan siquiera podía pensar Plejánov en la posibilidad de tener un estudio privado. Sin embargo, una vez que mejoró la fortuna de la familia, pudo disponer de una habitación espaciosa en que alojar su voluminosa biblioteca [...] Allí, con sus héroes -Engels (Marx, curiosamente ausente), Belinski y Chernishevski, Goethe y Voltaire- mirándole desde las paredes, se entrega a su trabajo en la forma meticulosa e intensa que le era característica [...] Su insaciable apetito de libros se evidencia en su correspondencia, no poca parte de la cual consiste en peticiones de ejemplares en cualquiera de las cinco lenguas que leía. Si no siempre, al menos gran parte de su vida, los libros y el estudio absorbieron el interés y las energías de Plejánov [...].(Baron, 1963. p. 256)

Barron agrega en una nota a pie de página:

La habitación, con todos los muebles originales, está restaurada en el Dom Plejánova de Leningrado. Esta institución contiene también los papeles de Plejánov, así como su biblioteca de 8000 volúmenes e innumerables periódicos (Baron, 1963. p. 256).

Sin lugar a dudas, las bibliotecas personales de la intelectualidad revolucionaria del proletariado ruso fue otro de los recursos de gran valor en la educación y formación teórica de aquellos pensadores. Bibliotecas que en ocasiones eran compartidas con amigos y compañeros de lucha, o que permitían enriquecer directa o indirectamente las pertenecientes a determinados círculos o células de estudio. En este sentido, los diferentes tipos de bibliotecas que se crearon a raíz del movimiento revolucionario de la clase trabajadora en Rusia, encabezada por una intelectualidad proveniente comúnmente de la clase media, fue parte importante en el desarrollo de una cultura bibliotecaria que coadyuvó para alcanzar los cambios producidos que culminaron con las jornadas de la revolución de octubre de 1917.

Las bibliotecas institucionales de diverso género (públicas, universitarias, especializadas, etc.), ya del país ya extranjeras, representaron asimismo el recurso bibliográfico mayor para los diferentes grupos de intelectuales revolucionarios. De manera que, acorde con lo expuesto hasta aquí, es posible señalar que:

Marx y el marxismo son creaciones de una *intelligentsia* académica que frecuenta las bibliotecas, ramonea por las librerías [...]. Son inconcebibles sin toda esa cantidad de bibliotecas, librerías, diarios, periódicos, editoriales, y hasta escuelas de partido, cuyos cuadros y cultura constituyen una densa infraestructura en cuyo centro está la universidad occidental. (Gouldner, 1985, p. 82).

3. Las imprentas

La difusión del pensamiento revolucionario de los intelectuales del proletariado, para fustigar la explotación de las masas por la clase dominante y despertar a los campesinos y obreros para luchar contra el gobierno opresor, se planteó como una prioridad en la práctica revolucionaria. Asimismo, la escasa literatura socialista que circulaba a mediados del XIX en Europa, propició la necesidad de crear publicaciones que permitieran fomentar un conocimiento político-revolucionario más amplio y profundo, no sólo entre la intelectualidad sino también, y fundamentalmente, entre los grupos sociales subalternos. Estos aspectos de una u otra manera favorecieron para que la imprenta fuera otro recurso importante del instrumental de aquellos hombres.

Algunos círculos poseían su propia imprenta; primeramente la ocuparon para imprimir grandes cantidades de volantes u octavillas, redactadas hábilmente por los intelectuales locales, con consignas y demandas económicas y políticas, cuyos destinatarios eran el público en general, los obreros y los campesinos. Esa clase de material en ocasiones se reproducía en hectógrafo, aparato que permitía maniobrar el escrito original en conjuntos de cien copias. Más tarde aparecerían los primeros periódicos obreros que por su naturaleza ilegal continuamente eran clausurados, por lo que los editoriales trabajaban también para burlar la censura. Tanto las octavillas obreras como los periódicos socialistas de la segunda mitad del siglo XIX Vladimir Ilich Uliánov los consideraría, en 1914, como "los precursores directos e inmediatos de la prensa obrera de nuestros días". (Lenin, 1979. p. 8).

Los textos revolucionarios (panfletos) en ediciones populares fue otra de las categorías de impresos que se preparaban en aquellas prensas clandestinas. En virtud de los riesgos que corrían los intelectuales por publicar material subversivo, en los libros y folletos, por ejemplo, no se indicaban ni el autor ni el editor; o bien, en ciertas situaciones, cuando se trataba de artículos para darse a conocer en periódicos o revistas, el autor firmaba su colaboración bajo un seudónimo. En todos los casos la tipografía, cuando se registraba, adquiría un nombre ficticio. Pese a estas medidas de camuflaje, en múltiples veces las sociedades secretas que publicaban libros u otros impresos eran descubiertas. Los responsables entonces se veían sometidos a detenciones y deportaciones que podían prolongarse por años; las publicaciones se enviaban a la guillotina incluso antes de emprender su circulación. Cuando existía la posibilidad, las

imprentas cambiaban de domicilio para evitar el cateo, no descartándose la búsqueda de un nuevo local en el extranjero. Así que los avatares de la censura bibliográfica impuesta por el Estado es uno de los mayores obstáculos al que se han enfrentado los intelectuales revolucionarios, incluyendo desde luego los del proletariado.

Una de las funciones del mecanismo editorial ha sido fomentar profusamente la agitación y la propaganda político-revolucionaria que encabeza la intelectualidad que se vincula con la clase obrera mediante los grupos de estudio y discusión diseminados en diversas ciudades; pero también la de incrementar los acervos de las bibliotecas adjuntas a los círculos, y así la de ampliar las posibilidades de formación política de sus miembros. Lane a lo largo de su obra, citada anteriormente, nos muestra el papel cimero que ha representado la imprenta para estos menesteres en el contexto ruso.

4. Las cárceles

Por otra parte, a través de los resultados que ha arrojado la abundante historiografía de la intelectualidad revolucionaria del movimiento obrero, se puede afirmar que la cárcel ha sido otro de los recintos característicos de formación teórica. En efecto, los intelectuales de vanguardia no han interrumpido su instrucción durante los periodos de encarcelamiento. Por el contrario, se las han ingeniado de diversas formas para continuar sus lecturas y escritos, al grado, cuando las normas del reclusorio se los ha permitido, de convertir las celdas en pequeños estudio-bibliotecas. Para tal efecto, ese tipo de hombres ha acudido al préstamo de obras de bibliotecas públicas y universitarias, a la compra de publicaciones, al uso de la biblioteca personal o la de los compañeros de lucha; también, cuando ha existido la posibilidad, la de la cárcel; sin descartar la infiltración de impresos prohibidos.

Si bien el ambiente de la prisión les ha causado serias barreras, también es verdad que el ocio a que se han visto sujetos los revolucionarios en ese reducto, les ha permitido perfeccionar métodos y técnicas de autoaprendizaje; estudiar idiomas; lograr una mayor concentración y disciplina; escribir abundantemente; reflexionar con más detenimiento sus ideas científicas y filosóficas; y estructurar tácticas y estrategias de lucha adecuadas a las condiciones existentes.

Por las facilidades que ofrecían algunas cárceles rusas, podrían haberse considerado como espacios penitenciarios ideales de no ser por las pésimas condiciones higiénicas que minaban a menudo la salud de los presos. La vida de lecturas e incluso de reuniones con amigos en las celdas, permitían convertir esos lugares en puntos de encuentros y discusiones. Las visitas de compañeros y familiares eran de utilidad para solicitar por compra o préstamo las publicaciones que requerían los revolucionarios. Sin embargo, esta forma de encierro no fue el común denominador. Cuando se trataba de desmoralizar al reo se le impedía recibir todo tipo de material impreso, jabón y ropa limpia; la tortura y el confinamiento solitario formaba parte también de la pena. Sólo los más templados lograban superar la prueba; los menos fuertes terminaban suicidándose,

enloquecían o cedían al tormento para volverse delatores. Para ilustrar los extremos de la prisión rusa, leamos el caso de Liev Davidovich Bronstein (1879-1940), mejor conocido como León Trotsky:

El interrogatorio [en la cárcel de Odesa, hacia fines de 1899] se prolongó sin producir pruebas que lo inculparan. Mientras tanto, Bronstein leía ávidamente todo lo que le caía en las manos, en un principio únicamente los libros y revistas que había en la biblioteca de la prisión, pero, más tarde, también los libros que le llegaban desde fuera. La biblioteca de la prisión sólo contenía literatura religiosa y publicaciones de la Iglesia. Como ejercicio lingüístico leyó la Biblia simultáneamente en alemán, francés, inglés e italiano. (Deutscher, 1962. p. 64)

Pero un año antes, en el invierno de 1898, Trotsky había sido trasladado a una cárcel en donde no se le permitió ninguna comodidad. Deutscher lo describe en ese sitio como "hambriento, sucio y lleno de piojos". Pese a todo, Trotsky al evocar su estancia en la prisión solía decir que en ella se estaba "maravillosamente; se lee, se trabaja y no vive uno sujeto a la preocupación constante de que le encarceren [...]. En realidad, no puedo quejarme de las cárceles ni del tiempo que me hicieron pasar en ellas. Fueron para mí una excelente escuela" (Trotsky, 1979. p. 150).

Venturi, en su obra sobre *Il populismo russo*, también da cuenta de la cárcel *sui generis*, es decir, las celdas que se transformaban en un "pequeño club", en donde se recibían las "últimas publicaciones", sin faltar "las clandestinas"; y en donde los revolucionarios aprendían idiomas, "ejercitándose con un Evangelio, a falta de otros textos" (Venturi, 1979, Vol. II, p. 158 y 183-184). Otra autora, por su parte, en relación con el análisis que nos ofrece acerca del trabajo de algunas mujeres revolucionarias rusas en la prisión, señala que la principal actividad entre ellas era el estudio, facilitándoseles este proceso porque la mayoría de esos sitios penitenciarios tenían "muy buenas bibliotecas" (Clements, 1997. pp. 95-96) para el uso de las internas.

Conclusiones

En concordancia con lo expuesto, es factible afirmar que los recursos (instrumentos y recintos) de educación y formación teórica de los intelectuales revolucionarios del proletariado se asemejan, en parte, con los de los intelectuales en general; pero, por otro lado, por las tareas que asumen y los riesgos que corren hace que cuenten con recursos, con ciertas peculiaridades que principalmente entre ellos comparten, como es el círculo de estudio secreto, las bibliotecas e imprentas clandestinas, los libros prohibidos, las prensas ilegales y la cárceles del aparato represivo al servicio del Estado.

Sin temor a equivocación, el recinto más representativo y estimado entre los pensadores revolucionarios de la clase obrera ha sido la biblioteca, clandestina y legal, pues ha sido el espacio en el que ha transcurrido una parte considerable de sus vidas. Los diversos trabajos biográficos acerca de la pléyade que ha encabezado el movimiento obrero en el mundo, sostienen esta afirmación. Por tal motivo, el trabajo intenso en una gran diversidad de bibliotecas es un fenómeno esencial para estudiar y analizar las figuras centrales de la intelectualidad revolucionaria.

Referencias

- Althusser, Louis. (1994). *La filosofía como arma de la revolución*. México : Siglo Veintiuno.
- Baron, Samuel H. (1963). *Plekhanov : the father of russian marxism*. Stanford, California : Stanford University Press.
- Brinton, Crane. (1985). *Anatomía de la revolución*. México : Fondo de Cultura Económica.
- Clements, Barbara E. (1997). *Bolshevik women*. Cambridge, United Kingdom : Cambridge University Press.
- Deutscher, Isaac. (1962). *Trotsky I : el prophete armé (1879-1921)*. Paris : René-Julliard.
- Gouldner, Alvin W. (1985). *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*. Madrid : Alianza Universidad.
- Kassow, Samuel D. (1989). *Students, professors and the state in Tsarist Russia*. Berkeley : University of California Press.
- Lane, David. (1977). *Las raíces del comunismo ruso : un estudio social e histórico de la social democracia rusa 1898-1907*. México : Siglo XXI.
- Le Goof, Jacques. (1987). *Los intelectuales en la edad media*. México: Gedisa.
- Lenin, Vladimir Ilich. (1979). *Acerca de la prensa*. Moscú : Editorial Progreso.
- Löwy, Michael. (1970). *La theorie de la revolution ches le jeune Marx*. Paris: F. Maspero. (Löwy, 1970, p. 106)
- Msclosky, Herbert y John E. Turner. (1966). *URSS : historia de Rusia y del Estado Soviético*. Madrid : Ediciones Morata.
- Seton-Watson, Hugo. (1955). *La decadencia de la Rusia imperial : 1855-1914*. México : Edit. Guaranía, 1955. (Seton-Watson, 1955, pp. 158 y 346)
- Shavit, David. (1985). "The emergence of Jewish public libraries in tsarit Russia". - *The Journal of Library History: Philosophy and Comparative Librarianship*. 20 (3): 239-252
- Trotsky, León. (1979). *Mi vida*. Bogotá : Editorial Pluma.
- Venturi, Franco. (1977-1979). *Il populismo russo*. 3 volúmenes. Torino : Giulio Einaudi.

Semblanza biográfica: Felipe Meneses Tello (MÉXICO). Cursó la Licenciatura en Bibliotecología y la Maestría en Bibliotecología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Licenciatura y grado de maestro con Mención Honorífica. El título de su tesis de licenciatura es: «*Un sistema de bibliotecas ambulantes para el Estado de Hidalgo*»; mientras que la de nivel máster es: «*Vida y Obra de Vladimir Ilich Uliánov [Lenin] en el campo de bibliotecología*». Obtuvo el grado de doctor en Bibliotecología y Estudios de la Información en la misma sede académica, cuyo título de tesis es: «*Bibliotecas y Estado: una teoría política de las instituciones bibliotecarias*». Ha impartido y elaborado cursos acerca de soportes de la información, seminario de tesis, bibliotecas

generales y especializadas. Así, colaboró durante cuatro años en la formación de profesionales en la Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivonomía de la Secretaría de Educación Pública. Desde 1992 es profesor de asignatura en el Colegio de Bibliotecología de la Facultad de Filosofía y Letras de UNAM. Actualmente imparte el curso Servicios Bibliotecarios y de Información con una perspectiva social. Para el plan vigente de ese Colegio, elaboró el curso de Bibliotecología Social. Asimismo, desde 1991, es Coordinador de la Biblioteca del Instituto de Matemáticas de esa universidad. Ha formado parte de varias comisiones dictaminadoras y miembro evaluador de libros referentes a temas de su disciplina, entre ellos cabe mencionar el intitulado «La biblioteca pública como institución social», escrito por un investigador de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia (Medellín, Colombia). Ha publicado varios artículos de investigación y reseñas bibliográficas en revistas especializadas mexicanas e internacionales sobre bibliotecología y ciencia de la información, así como artículos de divulgación y opinión en torno de su especialidad. Ha presentado numerosas ponencias en diferentes foros nacionales e internacionales sobre su especialidad y dirigido varias tesis, tres de las cuales han sido premiadas por el Colegio Nacional de Bibliotecarios (México). Es fundador del Círculo de Estudios sobre Bibliotecología Política y Social (2000), miembro activo de varias listas electrónicas de discusión mexicanas y de otros países. Desde el año 2000 es responsable del *Correo BiblioPolítico* que se distribuye en varias listas de América Latina. **CB.**